De soledades

Leticia E. Santa María Gallegos

En cuanto me den el cambio de adscripción podré organizarme mejor. Inscribiré a Rafael en la primaria que queda a un lado del plantel y mi actividad la concentro al turno de la mañana. Por la tarde buscaré otro empleo, pues el sueldo ya no nos alcanza. La pensión que debo pasar a Rosaura para las niñas me reduce considerablemente el ingreso, lo que me hace cada día más difícil solventar los gastos del niño y míos.

No se cómo haré a la hora de la salida. No me gustaría tener que molestar a mi madre porque, a pesar de que se llevan bien, sigo considerando que la responsabilidad de su cuidado me corresponde absolutamente. Si no le dejé el cargo cuando Sonia abandonó la casa y Rafael acababa de cumplir dos años, menos ahora que ya somos camaradas, ahora que mis actividades son su mundo y sus necesidades las que determinan mis horarios.

Puedo cumplir mi trabajo relativamente sin problema por la alivianada que todavía me da la guardería del ISSSTE. Desde las tres puedo pasar por él, pero cuando se me hace tarde prefiero recogerlo hasta las siete, porque así ya no me preocupo por la cena, además de que adelanto en casa el proyecto de mi plaza académica que debo presentar anualmente. Cuando me siento más desahogado pasamos juntos la tarde, ya en casa de su abuela, ya en la nuestra viendo televisión o haciendo tarea, ya de visita con los amigos, aunque esto último siempre resulta arriesgado. La última vez que estuve en una fiesta para festejar que un compañero se titulaba, no pude evitar el bochorno que la burla en buena onda, pero al fin burla, hicieron mis cuates cuando ante los hijos del homenajeado Rafael elogió la casa y su organización, afirmando con inocencia que en la suya siempre había un tiradero.

Es una situación cruda, pero me resulta interesante porque a través de ella aprendo a ser un sujeto diferente. Analizo cada uno de mis movimientos maternos del mismo modo que el acontecer político en la Universidad o en el país. Es fascinante saberse dueño de una problemática que por razones de sexo y afortunadamente para la opinión de la mayoría de nosotros, negada por nuestra cultura. Por supuesto que en el terreno de nuestras seguridades afectivas es un golpe grueso para ambos, sobre todo para Rafael.

Apenas intento imaginar qué dimensión alcanza la mutilación que conlleva el saberse abandonado por el ser que te dió la vida y el no contar con quien haga las veces de; pues he querido ser yo quien le proporcione esa parte. En un principio no le daba mucha importancia al reconocimiento del hecho, porque para el niño su madre simplemente no existía. Las ocasiones en que sus compañeros le preguntaban por ella, les contestaba que había muerto. Hasta hace un año comenzó a interrogarme sobre su paradero. Yo trato de ser lo más sincero posible y a la vez evitar herirle. Le digo que se fue, que tuvo otro esposo. Un tiempo quiso tener una mamá, un hermano y un perro.

Definitivamente es a él a quien esta situación ha madreado más, a pesar de que a mi también me ha resultado difícil superarla. Está cabrón saberse abandonado por uno más joven. Al principio me fui por la típica salida del macho. Busqué andar con muchas chavas, cosa que nada resuelve cuando has asumido el hacerte cargo de tu hijo y quieres que te acepten con él. Empiezas a cortar con tus relaciones porque encuentras que frente a ti la compañera ama al niño y al primer descuido se dirige a él con desprecio, como si constituyera un estorbo. Sin embargo nunca lo culpé de nada, al menos conscientemente. Luego agarré la onda solitaria que frecuentamente me envuelve, sin posibilidad de control, en un rollo de agresividad con todo y hacia todo, disfrazada de sentido del humor.

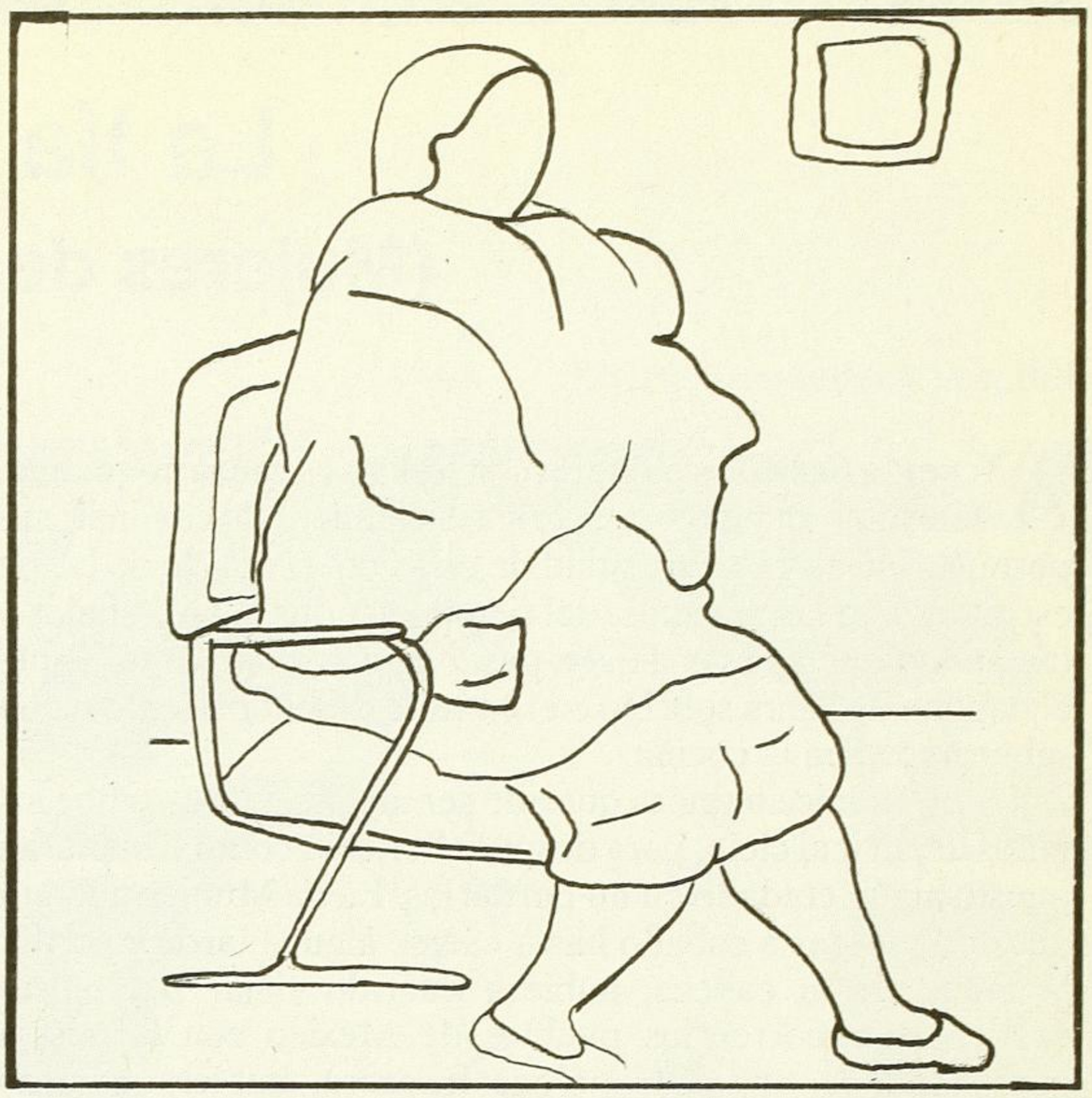
Mi rendimiento no lo he evaluado, no podría afirmar si mermó o aumentó. Es decir, mi carrera académica, así como mi participación política en la institución, no se ha visto frenada, no obstante que el acceso a las guarderías ha contituído un verdadero problema. La legislación en esta materia fue concebida para las madres y como padre soltero

que desea atención, tuve que recurrir a algunos trucos femeninos. La primera vez le hice la chillona a la enfermera de una guardería que al poco tiempo de haber decidido conservar a mi hijo, inauguraron a la vuelta de mi casa. El fue el primero que en lugar de ser inscrito por su madre, lo era por su padre.

En el ISSSTE no hay servicio para los padres, aunque existe un reglamento de excepciones que contempla el caso. Se te pide demuestres que posees la custodia del menor. Esa fue una de las principales razones por las que inicié el juicio para reclamar ese derecho, además de que si quería salir del país con él, tampoco me lo permitirían sin el permiso de la madre. No tenía por qué cederle ese privilegio cuando nunca le ha importado responsabilizarse de su crianza. Mas qué podía esperar cuando tampoco se preocupó por el que tuvo antes de conocerme, cuando fui yo quien le recordó su maternidad y que no tenía derecho a botarlo con la abuela.

Qué buena madre he querido ser como padre y precisamente con Rafael, porque antes no lo fui con mis dos primeras hijas. Durante el matrimonio fui más bien hosco, indiferente, papá de domingo. Nunca me preocuparon los asuntos domésticos mientras estuve casado. Las cosas cambiaron en el momento de mi unión con Sonia. La estupenda relación que existía, en contraste a la del matrimonio y paternidad forzada precedente, determinaron mi conducta.

Mientras el primer embarazo de Rosaura nos condujo a la boda, la compatibilidad de la convivencia con Sonia despertó la necesidad de tener un hijo, yo lo quería. En el segundo embarazo de mi esposa tampoco hubo consulta, tuve que aceptarlo por mi estado civil. Luego las cosas hicieron imposible continuar. Sus sueños aburguesados se vieron alimentados con el prestigio que le heredé en el pueblo donde abrimos un consultorio médico, inmediatamente después de casarnos. Finalmente me clavó el divorcio necesario. Acepté



sus condiciones esperando que hiciera su vida para que dejara de estarme chingando. Fue a partir de ese momento que las niñas comenzaron a conocer a su padre y convivir con él.

Con Sonia hubo tanta ilusión, entrega y satisfacción en ambos, aunada a la estabilidad económica que guardaba en esa época, que el misterio de lo doméstico comenzó a atraerme. Me convertí en reparador de cosas. Pero cuando regresé a ser un humilde profesor de bachillerato, poco a poco la realidad fue tirando el sueño. Una serie de engaños se fueron vislumbrando. Fue mentira su proceso de divorcio. Después abortó sin enterarme. Empezó a andar con el otro cuate -un chavito menor que ella-, le dibujó una historia de malos tratos junto a mi. Hasta que hizo como con su marido, que antes de botarlo se lanzó conmigo. Un día me enteré de que se iba a casar viviendo con nosotros. No me quedó más remedio que correrla. Tomó sus cosas, a su hijo y me dejó a Rafael de dos años seis meses. Dormimos en el suelo hasta que pude hacerme de muebles nuevamente.

Ahora no hay más. Me acompaña a donde tenga que estar. Durante los cursos de formación docente suelo llevarlo al plantel y me espera jugando en las jardineras. He aprendido lo que hacen las madres, a cuidarlo con el oido, pues cuando no le escucho acudo a cerciorarme de que esté bien. También he adquirido un lenguaje nuevo que me acerca a un círculo compuesto de mujeres que se solidarizan y con quienes intercambio recetas o consejos prácticos para la casa. He observado que cuando estoy en apuros, que el niño se me duerme a media clase y no puedo recoger mis cosas o situaciones similares, nunca son mis congéneres quienes se solidarizan, sino las mujeres, las profesoras que también son madres.

A pesar de todo el esfuerzo, a veces siento que no es suficiente cuanto haga por ser dos en uno. Rafael necesita el calor y la comprensión de otro tipo de sensibilidad. De otra forma no entiendo por qué se aferra a los brazos de aquella amiga que le brinda afecto y confianza, y la besa con el mismo entusiasmo con el que reta a mis compañeros para un juego de luchitas.